



NUM. 44. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 2 DE NOVIEMBRE DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



tribuyen muchos, exageradamente sin duda, la decadencia del arte dramático, bien á una falta casi absoluta de mérito en las producciones que se representan, bien al gusto dominante en el público, que ha dado en no tomar por lo serio nada de lo que educa la inteligencia, eleva el espíritu y moraliza las costumbres, y exige mas frívolos espectáculos para sacudir el mal humor que le ocasionan los acontecimientos ordinarios de la vida. Mas no sucede así con el drama eterno de la historia, drama palpitante siempre de interés, cuya representación dió principio en el paraíso, camina en *crescendo* y terminará en la catástrofe del Juicio final. Hoy estamos presenciando el episodio interesantísimo que se efectúa en Italia, palenque sangriento en donde las naciones de Europa han luchado alternativamente, como en el circo romano luchaban los atletas y las fieras, y debemos confesar que la triste función tiene en ansiosa expectativa á esta parte del mundo. La efervescencia de aquella hermosa cuanto desgraciada península es grande, y ha ido naturalmente aumentando con la actitud tomada por Francia desde que las partidas garibaldinas penetraron en el territorio pontificio, y mas aun desde que Garibaldi, fugándose de Capraera, inflamó con el soplo ardiente de su palabra el combustible de largo tiempo atrás hacinado en las ciudades y en los campos. Francia reclamó el cumplimiento del convenio de setiembre; Florencia le pidió explicaciones acerca de la interpretación que á dicho conve-

nio debía darse en lo futuro, y despues de unas cuantas notas cambiadas entre uno y otro gobierno, y de las varias vicisitudes prósperas y adversas ocurridas en el terreno de los hechos entre las partidas aquellas y las tropas del Papa, la cuestion se encuentra en el estado siguiente:—Muerto, antes de nacer, el ministerio Cialdini, que la prensa de Europa anunció como definitivamente constituido, se ha formado otro bajo la presidencia del general Menabrea, en el que figuran los señores Gualterio, Cartelli, Cambray-Digni, Mari y Berlotti.—El *Moniteur* ha declarado que las tropas francesas detuvieron su salida de Tolon hasta la noche del 27, á petición de Victor Manuel; pero que no habiéndose constituido el ministerio Cialdini, y habiendo aumentado las fuerzas garibaldinas, con peligro de los Estados pontificios, el gobierno creía no deber retardar su intervencion armada, si bien esta medida no tiene carácter agresivo, y que la nacion italiana y su soberano están conformes con los sentimientos de Francia. En efecto, el gobierno florentino, segun aparece tambien en el *Moniteur*, se halla completamente de acuerdo con las tendencias que en aquel documento se manifiestan: califica de lucha fratricida la guerra con Francia; añade que *depositario del rey Victor Manuel del derecho de paz y guerra, no tolerará que se le usurpe*; que luego que el orden público se haya restablecido, con el apoyo del Parlamento y de acuerdo con Francia, se tratará de poner término á la gran cuestion romana, y concluye exhortando al pueblo italiano á que tenga en él confianza y descanse en su patriotismo.—Las fuerzas francesas llegadas á Civita-Vecchia, á las órdenes del general Dumond, ascienden á 12,000 hombres; de las que lleva Garibaldi se habla con variedad, pues al paso que unos dicen que no pasan de 5,000 hombres, otros anuncian que son 10,000.—A la hora en que escribimos estas líneas no se sabe si desembarcadas las tropas francesas, habrán tenido algun choque de importancia con los garibaldinos, ni si el popular caudillo italiano ha penetrado en la Ciudad Eterna.—Tampoco ha podido trasladarse la actitud en que los sucesos de Italia colocarán á la Prusia, por mas que los políticos hayan aguzado el ingenio para adivinarla. Sin embargo, hay quien considera como una especie de programa político del gobierno de Berlin, el artículo que dias pasados publicó la *Gaceta de la Alemania del Norte*, órgano genuino, se dice, del conde de Bismark; artículo

en que se combaten las pretensiones de Italia de entrar en el territorio pontificio, y se defiende el derecho de Francia á intervenir para asegurar el respeto al tratado de setiembre. No se aviene muy bien el espíritu que, al parecer, ha dictado este escrito, con la arenga pronunciada el dia 15 del pasado por el general prusiano de Beeren, enviado por Prusia para revisar el contingente federal de Brunswick, á cuyas tropas dirigió, entre otras, estas significativas palabras: «Acaso no esté lejos el momento en que podais mostrar que sois valientes sucesores de vuestros padres, porque los franceses, nuestros enemigos hereditarios, que ambicionan siempre el Rhin, quieren imponernos de nuevo su tutela, no permitiendo que arreglemos nuestra propia casa como bien nos parezca; pero nosotros les enseñaremos que no queremos vivir bajo su curatela. ¿Por qué pudo á principios del siglo aplastarnos Francia vergonzosamente? Porque los príncipes y los pueblos alemanes estaban divididos. Ahora, por el contrario, los príncipes y los pueblos están de acuerdo, y espero que mandados por vuestro heroico comandante federal, probaremos á los franceses que hemos llegado á ser un valiente pueblo alemán.»

Noticias recibidas por la vía de Nueva-York, anuncian que el dia 11 de setiembre hubo en la ciudad de Arequipa (Perú) un grave movimiento revolucionario contra la ley fundamental sancionada el mes anterior, que los insurrectos se proponían quemar públicamente en una plaza donde habian construido, al efecto, un tablado. La autoridad intervino con fuerza armada, y el motin fue sofocado, resultando entre una y otra parte unos trescientos muertos.

Vayan ustedes á formar cálculos sobre los sucesos políticos Francia y Austria, que ayer estuvieron á pique de partirse el alma, hoy están á partir un piñon. El emperador Francisco José ha llegado á París, y París le ha recibido con verdadero entusiasmo y entrañable cariño. Flores, vivas, aplausos, formación de tropas, músicas, colgaduras y ostentoso aparato oficial, han sido las primeras demostraciones de esta recepción. Las señoras—dice una correspondencia—vestían traje de baile, y aunque no bailaron, sin duda por no haberse anunciado en el programa, puede asegurarse que se les pasaron muy buenas ganas. Los emperadores se abrazaron estrechamente en la estación del Este, y la comitiva fué al palacio del Eliseo por el boulevard de Strasburgo y demás hasta la Magdalena,

la calle Real, la plaza de la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos y la de Marigny.

A Rossini le ha dado un editor 20,000 frs. (76,000 reales), por la propiedad de un wals. Un periódico, al dar cuenta de este último rasgo de fetichismo artístico, que ya raya en tontería, esclama con razón: «¡Oh, Rossini, oh wals, oh editor!»

Otro editor extranjero acaba de reimprimir un libro escrito en Francia en 1570 por el religioso Antonio Esteban, con el título de *Discurso caritativo á las señoras y señoritas francesas sobre sus voluptuosos adornos*, de cuyo discurso se deduce que no eran en aquellos benditos tiempos tan arregladas y puras las costumbres como algunos afirman, y que muchas de las modas y adornos que hoy se condenan se usaron por todas las clases, aun por aquellas que mas horror mostraban á las cosas mundanas. Algo parecido se observa actualmente respecto del espectáculo tauro-máquico. La primera autoridad civil de esta provincia prohibió no hace mucho ciertas funciones de novilladas que se verificaban en los pueblos pertenecientes á ella, y no bien el público tuvo noticia de esta disposición, los representantes de las cofradías religiosas acudieron á la referida autoridad, solicitando que se permitan las mencionadas fiestas, si bien sujetándolas á las precauciones que sean necesarias para evitar desgracias. Por de pronto, coincidiendo con las solicitudes á que nos referimos, en la corrida extraordinaria que se celebró el domingo último en esta corte, á beneficio del Hospital de Cigarreras, Frascuelo, el Francés y otro picador salieron bastante estropeados, lo cual impresionó desagradablemente á la concurrencia.

La Academia Española anuncia la vacante de una plaza de número en la misma, y avisa á los que aspiren á obtenerla para que dirijan las solicitudes á la secretaria antes del 23 de noviembre. No faltarán aspirantes; pero creemos que si los Estatutos se modificasen en un sentido que favoreciese más las nobles aspiraciones de la modestia, siempre tímida y naturalmente retraída, ya por considerarse indigna de distinción tan señalada, ya por antojársele si llama á las puertas de la Academia, que no han de responderle, ni una ni otra perderían nada en la reforma cuya conveniencia indicamos. ¿No podrían, por ejemplo, admitirse por elección, á la simple propuesta de los académicos, los nuevos individuos del cuerpo, entre los diferentes nombres que se designasen?

Don Celestino Alvarez y Llanos manifiesta en un comunicado, que es autor de una máquina de guerra, con la cual pueden, remontándose en el espacio, destruirse cuantos ejércitos se presenten, así como también las escuadras, plazas fuertes, etc., de manera que la nación que la adoptase llegaría, andando el tiempo, á ser árbitra de los destinos del mundo, favoreciendo de paso la industria, la agricultura y el comercio, puesto que haría inútiles los ejércitos. Dice también que está muy lejos de querer sorprender á nadie con anuncios exagerados y quiméricos, y que someterá gustoso su invento al examen de personas científicas, bajo palabra de que no abusen de su secreto. No es grande la exigencia del señor Alvarez y Llanos, y por tanto, no han de faltar personas entendidas que acudan á su llamamiento, y nos digan si debe esperarse que los efectos de la máquina correspondan á los deseos de su autor, que no pueden ser mejores.

Uno de los periódicos que con mas placer leemos, así por su amenidad literaria y artística, como por estar escrito en nuestro idioma, es la *Ilustración Americana de Frank Leslie*, que con general aceptación se publica en Nueva-York (1). En el último número que hemos recibido se ocupa de los notables progresos que el grabado hace en España, dispensando á *El Museo Universal* el honor de citar con elogio las copias de la *Traslacion del cuerpo de San Francisco de Asis* y del *Interior de la capilla Sixtina*, que ya conocen los habituales lectores de nuestro semanario. Hace de paso una indicación sobre el asunto, manifestando la conveniencia de que *El Museo* dé mas lugar é importancia á los monumentos y asuntos españoles, en que la península es tan rica, y no son conocidos allende el Atlántico, sino por las caricaturas de Doré ó las oscuras é inexactas relaciones de algunos viajeros ingleses. Apreciando en lo que vale la insinuación de nuestro estimado colega, que sin duda no ha tenido á la vista los tomos anteriores de *El Museo*, debemos suponer que ha partido de lo que ha observado en el presente año, en que para dar cabida á los grabados de la Exposición Universal, durante siete meses, ha sido necesario disponer del espacio que se destinaba á otros asuntos de menos actualidad, en los años anteriores. Por lo demás, precisamente lo que ha distinguido de una manera especial á *El Museo*, para corresponder á su título, en los once que cuenta de vida, es la preferencia que ha dado siempre á los monumentos españoles, arrancando de la oscuridad un sinnúmero de ellos que estaban olvidados, á partir de los primitivos tiempos de nuestra patria, y que hoy pueden servir de estudio

(1) Aunque se han remitido á la *Ilustración Americana*, con la exactitud que siempre acostumbramos, los números de *El Museo* que reclama, repetimos el error.

(N. del E.)

interesante al arqueólogo, al historiador, al artista, al poeta y á toda persona deseosa de instruirse; con la circunstancia, además, de que si dignos han parecido de alabanza los grabados que arriba se citan, los inteligentes han podido advertir que en nada les ceden los anteriormente publicados y que algunos les superan en mérito.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DIOS, EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD.

(CONCLUSION.)

III.

Engendro deforme del estravío de la razón y de la depravación de todos los sentimientos, arrástrase por la tierra que con su emponzoñado aliento agosta, el monstruo del orgullo.

¡El orgullo!... he aquí la mas inexplicable, la mas insensata de las pasiones que conmueven ó sojuzgan el corazón humano. ¿En qué se funda, ó qué objeto tiene esa flaqueza, triste anuncio de la pequeñez del espíritu y de la baja del carácter?

Magnífico es el cuadro que nos presenta el universo, y magnífico también el espectáculo que ofrece la tierra enriquecida y hermosea por el genio, el trabajo y el espíritu de investigación. Si las ciencias y las artes, la exploración de apartados continentes, el comercio y la industria han hecho tan espléndida nuestra morada, un día inculta y desierta ¿qué parte corresponde al orgullo en esa ímproba tarea que al través de los siglos y de los cataclismos de la naturaleza y de la sociedad, ha sido preciso proseguir sin tregua ni descanso para ponerse en posesión de los progresos que son en nuestros días el brillante patrimonio de la humanidad?

No es, no, el orgullo el que desciende al fondo del mar para arrancar de sus escondidas rocas la perla y el coral; ni el que penetra en las concavidades de la tierra para sorprender en ellas el diamante y el rubí; ni el que forja el hierro, que da á las naciones su espada, á la tierra la reja que abre en ella el surco en que se encierra la semilla que las alimenta, y á las artes todos sus instrumentos. Ni es el orgullo el que une las islas, rompe los istmos, abre túneles en las entrañas de la tierra, echa puentes sobre los abismos, canaliza los grandes ríos, lanza la locomotora por llanos y montañas, hace del fuego eléctrico el conductor de la palabra humana, al través del espacio; ni es él la fuerza que lleva el movimiento, manifestación soberana de la vida, por toda la superficie del globo. Ni tampoco fueron reveladas á esa pasión tan mezquina como absurda, la gravitación universal, las prodigiosas virtudes del imán, los portentos de la imprenta, la redondez del globo, el admirable secreto de la vacuna, cuyo descubrimiento inmortalizó á Jenner, ni el ingenioso mecanismo por cuyo medio el rayo solar estampa imágenes extrañas en el metal, la tela, el cristal ó el lienzo, ni la propiedad que atesora la punta metálica levantada en la atmósfera de robar á la nube los rayos que traidora esconde en su seno.

Dios no hizo al orgullo depositario de ningún secreto de la ciencia ó del arte; no le reveló ningún arcano del mundo físico ó moral; no le destinó á ser intérprete de ninguno de sus altos designios; no le confió ningún alto cometido en la creación. Dios ha herido al orgullo de perpétua esterilidad, para su eterna vergüenza y su castigo perdurable.

¿Quién, pues, eres tú, insensato, que pretendes llenar el universo con tu personalidad? ¿Qué nos dice tu soberbia hinchazón? Si mas riquezas que el resto de tus semejantes acumulas, ¿eres por ello mas feliz? ó si en mas altos puestos brillas, ¿les escuderás en longevidad? ¿Eres acaso menos accesible que ellos á los sufrimientos del alma y del cuerpo, á los infortunios y á la muerte? ¿Puedes añadir una pulgada á tu estatura, un grado mas de lucidez á tu entendimiento, ó de fuerza á tu brazo? ¡No! Tú, orgulloso, no costaste á tu madre menos dolores que el resto de los hombres, y menos desvelos á tu padre, ni la iniciación de la vida fue para tí menos penosa y lenta. Los conocimientos que adquiriste, si alguno te adorna, á la misma costa de tiempo y fatiga los alcanzaste, ni el espacio que en la tierra ocupen tus restos será mayor que el que ocupen los del mas humilde mortal. ¿En qué, si esto es así, en qué se funda tu orgullo?

El orgullo es una debilidad deplorable, una enfermedad del espíritu, un claro indicio de una organización viciosa. Oid á Job, y él os dirá que por el orgullo empiezan todos los males.

La confusión sigue al orgullo como la noche al día, y cuanto mas ventajoso sea el concepto que de sí mismo se forme el que se abandona á esa árida pasión, tanto mas estrepitosa será su caída, porque el hombre que mejor cree poder prescindir del auxilio de los demás, es precisamente el que menos se basta á sí mismo. El vicio que le domina, no sólo le entrega al ridículo, sino que le imposibilita para aquello que al

hombre exento de esa flaqueza, es fácil y hacedero. El que se juzga superior á todos, ese es inferior á todos y de todos el esclavo.

Si al orgulloso le abandonan sus dependientes, forzoso le será bastarse á sí mismo, porque la amistad que no ha sabido cultivar, y el desinterés, que tampoco ha sabido despertar en su favor, no acudirán en su ayuda en la hora de su castigo; ¿y cómo acertará á bastarse á sí mismo quien todo lo ha desdeñado, por imaginar que de nada necesitaria, puesto que el universo, según el cálculo de su demencia, no ha sido creado sino para su provecho ó pasatiempo?

El cangrejo de la fábula, contemplando engreído desde la playa el movimiento de las olas, por creer que éstas no tienen otro objeto que atender á su solaz y regalo, es la imagen fiel del orgullo, en todo lo que este vicio tiene de injusto y ridículo.

La franqueza, la bondad del carácter, las costumbres sencillas, nos granjean amigos que aumentan nuestra dicha en las horas felices, y generosas simpatías que endulcen nuestras penas en el caso adverso. Al hombre que por su afabilidad y su modestia se distingue, nunca le faltan el cariño y la estimación de los que le conocen; es amado en vida, y si desaparece de la tierra, su recuerdo subsiste indeleble en los corazones que un día supo cautivar: dulce recuerdo al que siempre acompaña un desinteresado elogio.

IV.

Antítesis brillante del orgullo; signo característico de la bondad del alma; sello envidiable de las organizaciones formadas para el bien; áncora segura en los naufragios de la vida; estrella la mas luminosa del cielo de las virtudes; fanal que lleva la esperanza y el consuelo á todas las regiones habitadas por la especie humana; joya inestimable de la corona de Dios; virtud de la Caridad, ¡bendita seas cien y cien veces!

El Evangelio es tu epopeya, y la razón tu trono. Hija predilecta del Cristianismo, y la mas sublime de sus concepciones sublimes, tú eres la segunda redención del hombre; tú la nueva arca de Noé, que lo salva cuando abiertas las cataratas de las pasiones, la humanidad se anega en nuevos diluvios.

¿Qué sería sin tí la sociedad humana? Lo que la tierra desnuda de sus flores y frutos; lo que el firmamento despojado de sus astros. ¡Esterilidad eterna é interminable noche!

Pero tú, virtud peregrina, agitas tu esplendorosa antorcha de la que, rival del astro del día, se irradian la luz y el calor; y alegría y consuelo inefables se difunden por la tierra, sedienta de tus dones, por la tierra, que te pide paz y protección.

Desciendes de tu sólio, y como la diosa Iris de los antiguos tiempos, pero mucho mas hermosa que ella, pones el mundo en comunicación con el cielo. Por tu medio llegan hasta nosotros las bendiciones de Dios; por tu medio la humanidad purificada se eleva á las celestiales alturas.

Tú ciñes á la frente del hombre la preciosa aureola de la santidad; tú conviertes á la mujer en hermana de los ángeles!

Penetras impávida en el campo de batalla; desafías la tempestad y el incendio; arrostras el naufragio y el terremoto, y llevas por donde quiera el bálsamo del consuelo y el talismán de la esperanza.

Cubres con tu manto el espórito, y lo salvas; presantas amigo apoyo al anciano, y le haces mas llevaderas la ancianidad y las dolencias que son su triste patrimonio; bajas á los calabozos, y huye el crimen aterrado á tu vista; la atmósfera purísima de la virtud reemplaza el emponzoñado ambiente del vicio, cuando iluminas sus antros.

No te intimida la epidemia, cuyos horrores disminuyes ó mitigas; no el desconsolador aspecto de la indigencia, cuyas penalidades calmas; no el espantoso cuadro que presentan esos palenques del rencor en que hacinadas yacen millares de víctimas humanas.

Tú bajas serena al palenque del esterminio, y sin manchar en la sangre que inunda el suelo tus fulgentes vestiduras, das sepultura al muerto y eficaz alivio al moribundo, que al contemplarte, se juzga asistido por celestiales visiones.

Llevas en tu mano el óbolo que socorre la indigencia del cuerpo, y lo redime del hambre, y el libro que socorre la indigencia del espíritu y lo redime de la ignorancia, ¡espantosa miseria del mundo moral!

El cuerpo y el espíritu te son deudores de iguales beneficios: si para el primero tienes asilos de beneficencia, hospitales y casas de maternidad, tienes para el segundo escuelas gratuitas, instrucción fácil y adecuada, doctrina accesible á la inteligencia y á los recursos de las clases desheredadas.

Tú gritas al rico: «¡Proteje al pobre, que es tu hermano en la religión y en la naturaleza!» Y gritas al pobre: «¡Agradece al rico la protección que te dispensa, porque tú como él comparecerás un día ante el Supremo Juez, que no verá en vosotros sino vuestras acciones en esta vida!»

Y si tu voz, ¡oh Caridad divina! prevaleciera, los humildes y los poderosos, los pobres y los ricos, serían tan hermanos en la sociedad como lo son en la religión y en la naturaleza.

A tu vista desaparecen las nacionalidades geográficas y las nacionalidades de raza; tú no ves en la tierra pueblos diferentes, ni en los pueblos diferentes gobiernos, ni en los gobiernos diferentes formas; para tí no hay sino un sólo pueblo, una sólo ciudad: la *Ciudad de Dios*.

Los rios y las montañas son á tus ojos meros accidentes del mundo físico, ó cuadros magníficos que lo embellecen, no barreras que separen á los hombres, no murallas que deban escitar su desconfianza, eternizar sus ódios y predisponerlos á la invasión y á su mútuo esterminio.

Y si para tí, augusta habitante de la *Ciudad de Dios*, no hay fronteras, tampoco hay diferencia de idiomas, de cultos y colores, en el linaje humano. Porque tú entiendes todos los idiomas, porque tú depositas al pie del trono del Todopoderoso las ofrendas que la gratitud y el respeto de los hombres le tributa, porque tú ves en el europeo, en el etiope y en el malayo, no el color de su tez, no la mayor ó menor regularidad de sus facciones, sino la dignidad humana, que en ellos igualmente brilla, sino á la prole de Adán, á la especie redimida en las cumbres de la antigua Judea por la sangre preciosa del Hijo del Hombre.

Benéfica como la lluvia y el rocío que fecundizan el campo del creyente de todas las sectas; magestuosa y equitativa como los luminares del cielo, que derraman sus rayos sobre todos los templos erigidos por el sentimiento religioso, sobre todas las aras en que la adoración á la Divinidad brota espontánea como espresion sincera del agradecimiento humano, tú no particularizas tus dones, antes bien con mano pródiga los viertes por todos los ámbitos de la tierra.

Tú dices al vencedor que no abuse de su victoria, casual casi siempre; tú dices al vencido que si considera justa su causa, á justos medios confie su triunfo, no á ulteriores sangrientas represalias que sólo á perpetuar el mal pueden contribuir; tú haces ver al vencido y al vencedor que sus rencores son inuidos por agenas ambiciones, no el natural efecto de causas que en su respectiva organizacion moral radiquen.

Tú prescribes el olvido de los agravios y el perdón de las injurias; tu ley es el amor, tu divisa la igualdad; los títulos de tu gloria escritos están en el Evangelio.

Tú no preguntas al que sufre, su edad, ni su cuna, ni su sexo, ni su secta, ni su historia, ni su estado, ni su condicion actual; socorres el infortunio y la enfermedad; aleccionas y moralizas; fortificas el corazón que desfallece y sirves de norte á la inteligencia que se extravía; ennobleces el ejercicio de la razon, y señalas un derrotero seguro á la ciencia humana.

¿Qué mas diré para cantarte y bendecirte?... Tú naciste en las encantadoras regiones del cielo, pero la tierra es tu patria adoptiva. Compañera de los ángeles, los ángeles no te necesitan; te necesitan los hombres! Por eso descendes ceñida de luz, cual centella fecundante descendida de la pira del amor, á consolar al que llora, á enseñar al que no sabe y á disipar las dudas, siniestras nubes del alma.

Por eso descendes, mensajera de la clemencia divina, á vestir al desnudo, á dar de comer al hambriento, de beber al sediento, asilo y calor al desamparado. Por eso descendes á suavizar, en pró de los desgraciados que se desvían de la senda de la justicia, los rigores de la justicia ultrajada, y acompañas al reo hasta el último escalon del patíbulo.

No nos abandones; oh virtud augusta! Libranos de nuestros propios furros, sálvanos de nosotros mismos! Las potestades del mal dilatan con rapidez aterrador sus dominios, cuyos límites se pierden en los reinos de las tinieblas. La espada centellea en los aires, mas, ay! no es la espada vengadora del derecho, no la espada de la libertad, sino la de la conquista y la tiranía... ¡Siempre la tiranía y la conquista!... ¡Sálvanos, Caridad divina! Y puesto que entre las densas sombras que nos rodean resplandeces inmaculada allá en la altura, sé para la humanidad la columna de fuego que guiaba al pueblo escogido al través de la noche y del Desierto, á la tierra de Promision.

MANUEL MARÍA FLAMANT.

FIN.

ESTUDIOS

SOBRE LOS POETAS EPICOS ALEMANES (1).

(CONTINUACION.)

III.

POEMAS DE SCHONAICH, BODMER, ELIAS SCHLEGEL Y GESSNER.

Escasa es — bajo este punto de vista — la época transitiva que señala el paso de la inspiracion épica alemana desde los *Nibelungen* hasta la *Mesiada*, porque fue de complicados disturbios, de subversivas

(1) En el número 41 de EL MUSEO aparece equivocadamente al pie de los «Estudios sobre los poetas épicos alemanes» la inicial del nombre de su autor don José Fernandez Matheu, sustituida por una F., y teniendo entendido que hay algun otro escritor que lleva los mismos apellidos y cuyo nombre principia con la misma letra indicada, hacemos la presente rectificacion.

agitaciones y hasta de desolacion. La poesia huyó de aquellas vandálicas escenas que motivaron la Reforma luterana y la guerra de los Treinta años, y solamente revivió cuando despues de aquellas calamidades, Alemania, aunque indiferente, espectó las tentativas que precedieron al movimiento literario regenerador que con valiente energia llevaron á cabo Klopstock y Lessing.—Así es que, como pertenecientes á este último período, solamente se elevaron á grande ó regular altura el *Herman ó la Alemania libertada*, de Schonaich,—el *Enrique el Leon*, de Elias Schlegel,—la *Noachida*, de Bodmer —y la *Muerte de Abel*, de Gessner; poemas que vieron la luz pública con mas ó menos anticipacion á la *Mesiada*.

Entre las secundarias epopeyas alemanas, debe colocarse en primera línea el poema de Schonaich, intitulado *Herman* (1). Celebra éste los constantes esfuerzos que hicieron los antiguos germanos para resistir el poderoso empuje de los conquistadores romanos. Schonaich era autor de inspiracion robusta y sostenida y bastante capaz de un poema épico. Su objeto fue muy parecido al que se propuso Klopstock en sus poemitas de *Herman* y *Herman y Tuosnelda*; quiso despertar el ánimo de los alemanes evocando el recuerdo de sus antiguas victorias y las hazañas de sus héroes. Schonaich, á lo que parece, llevó el propósito de escribir una epopeya verdaderamente nacional; pero la suya apareció poco antes que la de Klopstock, y no teniendo suficiente tiempo para que la admiracion se concretase á ella, fue eclipsada por la *Mesiada*.—La *Alemania libertada*, es en absoluto, un regular poema heróico; está escrito en versos alejandrinos manejados con vigor y armonía. El lenguaje, como el estilo, es escelente y sobresale por su rumbo y energia. Descuellan además en el poema grandes conocimientos especiales, particularmente históricos.

Casi á un mismo tiempo aparecieron la *Noachida* de Bodmer y el *Enrique el Leon*, de Elias Schlegel.—La *Noachida* (2) es tal vez en órden de mérito el tercer poema crítico alemán, debiendo ser colocado á seguida de la *Mesiada* y los *Nibelungen*. En Bodmer no faltaba disposicion para el culto de Caliope. Su imaginacion, muy parecida á la de Klopstock, podia brillantemente solazarse en cantar algun hecho notable. Tomó por asunto la vida de Noé, de donde sacó el argumento entero. Cantos hay en la *Noachida* que pueden competir con los mejores de Klopstock. Bodmer, para el manejo de la trompa épica, tenia escelente disposicion; poseyendo el talento descriptivo, es en esta esfera una notabilidad. Los caracteres del poema, entre los cuales descuella el protagonista, están muy bien perfilados. Los episodios campean en la parte de descripcion. El estilo es contemplativo, espontáneo casi siempre y modelo á veces de sublime sencillez. El verso alejandrino, que Bodmer maneja con gran maestría, se presta á todas las manifestaciones de la belleza épica.—La *Noachida*, poema de mérito, estaba quizás destinado á alcanzar un éxito extraordinario. Pero la epopeya de Klopstock, que la siguió muy luego, eclipsó la de Bodmer. Este comprendió que no podia luchar con el entusiasta genio de aquel; el cantor de Noé humilló su frente ante el cantor de Cristo.

Siguiendo el órden cronológico, llegamos al poema intitulado *Enrique el Leon*, escrito por Elias Schlegel (3). Este autor se propuso apartar de Alemania el mal gusto que en sus escritos habian introducido Hoffmanwaldan y Lohenstein, y escribió, con este objeto, el *Enrique el Leon*, que no obstante la bondad del propósito y de algunas estimables cualidades literarias que posee, no pasa de un regular poema heróico.

A muy distinta índole pertenece la *Muerte de Abel* (4) correcto poema épico y acaso la obra mas bien escrita de cuantas produjo la sencilla inventiva del inimicable Gessner. El poeta bucólico quiso cantar con entonacion épica esas campestres escenas que con tanta maestría idealiza en sus dulcísimos idilios. Y lo consiguió con felicidad, porque la *Muerte de Abel*, como todas sus obras, place y encanta por su naturalidad y gracia, á la par que por esa bondad de sentimientos que en manifestar se empeña en sus fresquísimos y halagüeños cuadros. En la *Muerte de Abel* el estilo se presenta con una lozania encantadora y delicada, engalanando las escenas con el colorido mas bello. Gessner posee en alto grado el sentimiento estético; escribe con cálculo, pero se espresa con espontaneidad.

Al género de la *Muerte de Abel* pertenecen el poema de *Dafne* (5) y el *Primer Navegante* (6), ambos tambien de Gessner, y aunque inferiores al primero, no

(1) Freiherrn von Schonaich's.—*Herman oder das befreite Teutschland*.

Epos. in zwölf Bucher—Neue Aufl. Leipzig, 1733.

(2) Bodmer's.—*Der Noachide*.

Auflage. Zurich, 1787.

(3) Joh. Elias Schlegel's.—*Heinrich der Lowe*.

Auflage. Leipzig, 1763.

(4) Gessner's.—*Abels Tod*.

Auflage. Zurich, 1758.

(5) Gessner's.—*Dafne. Ein landische Gedichte*. Ibid.

(6) Gessner's.—*De Erster Seefahren*.

Fin Gedichte in zwei Gesängen.

Auf. Zurich, 1738.

obstante, no desmerecen á su lado. Gessner es siempre el mismo en todas sus obras.

A esta época pertenecen algunos otros poemas alemanes,—entre los cuales los hay tan importantes como el de Haller sobre los *Alpes*—pero que á causa de ser mas líricos, bucólicos ó descriptivos, que rigurosamente épicos, no pueden presentarse á la par que los de Schonaich, Bodmer, Schlegel y Gessner. Estos poemas, precediendo al de Klopstock, no pueden considerarse sino como tentativas literarias.

IV.

LA MESIADA DE KLOPSTOCK.

La *Mesiada* de Klopstock, con relacion á Alemania, señala claramente una nueva época así literaria como intelectual. Con ella se dió comienzo al brillante renacimiento literario que algunos ingenios alemanes llevaron á cabo en su patria á mediados del siglo XVIII, en cuya empresa tanta y tan señalada parte cupo al autor de este poema.—La aparicion de la *Mesiada* fue, puede decirse, un signo de verdadera revolucion intelectual, al que respondieron cuantas inteligencias supieron justipreciar todo lo verdadero é importante de aquella iniciativa.—El renacimiento literario comenzó por una epopeya, y por consiguiente, bajo los mas felices auspicios.

La *Mesiada* canta la Redencion del Mundo.—Abrese el poema con la partida de Jesus al Monte de las Olivas, donde, alejado del pueblo que le habia proclamado su rey, ora, y de nuevo promete á su Eterno Padre el cumplimiento de la Redencion del hombre, á que era destinado. Relata los sufrimientos por que pasó Jesús cuando fue conducido ante los gobernadores de la Judea, y al mismo tiempo la actitud de los ángeles, así del cielo como del infierno, en espectativa de los sufrimientos del Hombre-Dios que muere crucificado.—Hasta aqui la mitad del poema.—Siguen despues la resurreccion de los Patriarcas, la muerte de María Magdalena, los cuidados del José de Arimatea y Nicodemus y la Resurreccion del Hijo de Dios que se aparece á Simon Pedro, á San Mateo, á Cleophas y á la asamblea de los fieles. Sigue la bajada de Jesucristo á los infiernos, donde castiga á los ángeles caidos, en tanto que los resucitados aparecen á otros fieles. Y con la subida de Jesucristo á los cielos, donde se sienta á la derecha de su Eterno Padre, circuido por los mil cantos de triunfo que los ángeles entonan en loor de la Divinidad, se da fin al poema. Tal es el argumento, sumariado considerablemente, disgregando la multitud de episodios que, con mayor ó menor acierto y mas ó menos prolongados, ha introducido Klopstock.

Esto en cuanto á la parte de idea. Veamos el poema en su conjunto.

La *Mesiada*—en absoluto concepto estético—no tiene las preceptuadas proporciones de las magistrales epopeyas. La unidad, trabajada, casi quebrantada, no existe como es debido. Hasta en los elementos que forman el poema existe como incongruencia que—lejos de formar esa variedad calculada que tanto sobresale en las nuevas epopeyas clásicas—está muchas veces exenta de ilacion y lo que es más de oportunidad y objeto. Y luego, además, aquel ampuloso diálogo, algunas veces sin maridaje propio con el plan primordial y en menoscabo siempre de la parte narrativa y realmente épica, arranca al todo mucha parte de belleza, bien así como aquellos verdaderos vuelos pindáricos en el sentimiento elegiaco ó adacirático, cortado cuando es de menos oportunidad hacerlo, no dan lugar á esas brillantes cuanto adecuadas descripciones que tanto place encontrar en Homero y Tasso, y tambien en Milton cuando no se empeña en prodigar rasgos agenos de efecto en asuntos que están allende el aliento humano.—Cuando Klopstock quiere lucir alguna habilidad en la parte descriptiva, que en la *Mesiada* va incrustada con profusion tal que á veces no guarda hermanamiento con los demás elementos, cae en una desventaja que desvirtúa sus rasgos y sus esfuerzos, esto es, en la oscuridad de los símiles y en ese tinte de vaguedad con que los rodea, por más que en no muy contadas partes tenga encanto en el pensamiento y no menor gracia en el colorido. A mas—lícito es decirlo—hay otra desventaja, tanto más patente cuanto que es mas importante: el no saber servirse de los episodios, así como, por el contrario, trae algunos, el tan conocido de Samma, por ejemplo, que parecen violentamente arrastrados y tienen de suerte al poema que mas parece coleccion de cantos religiosos correspondientes á diversos asuntos, que episodios que convergen al foco del plan primordial y contribuyen tanto al mayor esclarecimiento total, como á la amable y entretenida variedad de la forma estética.—La parte del poema que podemos llamar indirecta—porque en ella no habla el poeta, sino los personajes que éste introduce—está tambien bastantemente trabajada. Discursos tiene Elsa tan impropios y tan intempestivos, como Selis y Orion, conversaciones tan oscuras, tan metafísicas, tan teológicas, que hacen el mismo efecto que las pulidísimas arengas que los historiadores antiguos—ya por gusto especial, ya por padrinazgo de costumbre—suponian en boca de los caudillos ó héroes de sus narraciones, que se dirigian á sus soldados ó la

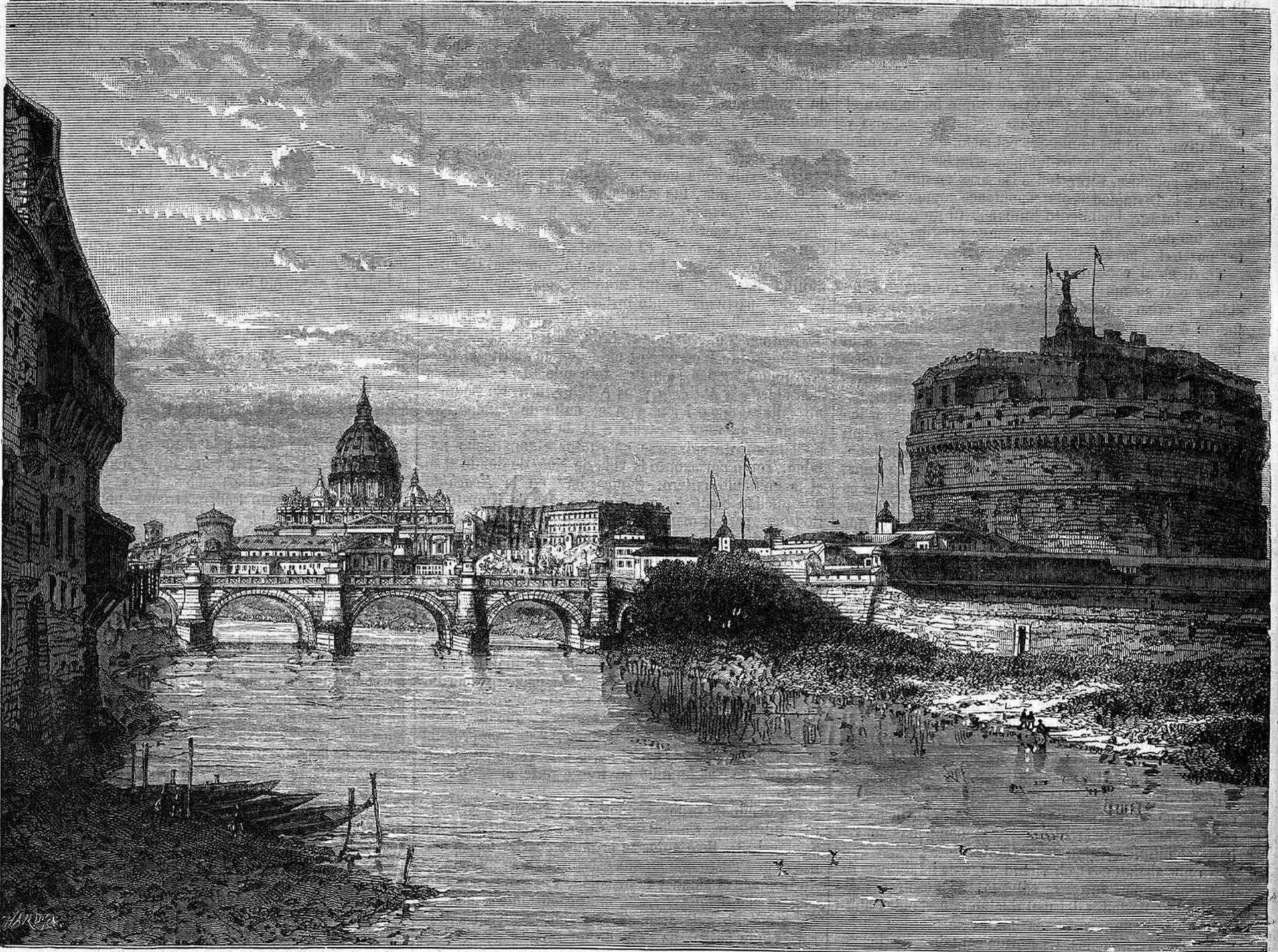
muchedumbre á que trataban de persuadir por medio de toda la escolástica de la retórica.

Klopstock, en su poema, es un poeta lleno de anomalías como el que más.—Así demuestra gran discreción en unas circunstancias, como desacierto en otras.—¿Quién, cuando en los primeros cantos de la *Mesiada* ve aparecer la bien meditada creación de Abdiel-Abbadona, uno de los ángeles caídos y el más interesante de ellos, no presume, con sobrados motivos, que sobre ella ha de recaer gran parte de la acción de la máquina épica?—¿Quién, por el contrario, viendo tantos desaciertos descriptivos, tan poca importancia en la mayoría de los personajes, ha de pensar en las bellísimas escenas de Cidey y Semida, los dos virtuosos amantes, ó en la admirable presentación de Porcia, única alma pura en aquella corte de estravío?—Un

gusto más rígido pediría más magestad, más grandeza, más divinidad en el tipo de la Virgen Marja; pediría menor profusión de discursos, mayor propiedad en los episodios, y sobre todo, más habilidad de acción.—Klopstock parece comprender algunas de estas desventajas, y conociendo, á pesar de la osadía de su genio, cuánto propende éste al desacierto en la expresión, por ejemplo, de lo abstracto y en su simbolismo poético, evade las dificultades del mejor modo que le es posible. Milton—en el *Paraiso perdido*, como en el *Reconquistado*—nos pinta al Eterno, si bien modelo infinito de justicia, como un verdadero juez inexorable, como el Júpiter de Homero, sin dar tanta parte en él—como por fortuna con raro acierto lo ha hecho Klopstock—al amor, parte en que más creemos y esperamos. El Eterno de Klopstock, en absoluto, está

muy atrás del de Milton, pero, en este relativo concepto, le aventaja.—El Eterno de la *Mesiada*—como el del Tasso en el canto primero de la *Jerusalem*—apenas se presenta; falta en rededor suyo una aureola de tinieblas para que, á semejanza de los retratos de la escuela flamenca de Van-Dick, el tipo se destaque descollando sobre el fondo oscuro del cuadro.

Otros defectos hay en el poema de Klopstock que, críticamente considerado, sólo en absoluto pueden alcanzar autoridad, pero que cuando se atiende á la naturaleza del poeta, del país en que escribió, y al espíritu de su época, dejan de aparecer con tal aspecto, antes bien, algunos obligan por cierto á decir mucho bien del que compuso el poema.—Muchas de las efectivas desventajas de Klopstock quedan eclipsadas, en parte, por bellezas de gran mérito, principal-



ROMA.—LA BASÍLICA DE SAN PEDRO Y EL CASTILLO DE SANT-ANGELO.

mente artístico, como son: el sentimiento elegiaco que con tanto calor y entusiasmo sabe manejar—esa esquisita mística sensibilidad y sentimentalismo de noble alcurnia que se agitan y encantan hasta en los rasgos más minuciosos: esa cándida ternura que siente por todo lo que es noble, levantado y generoso, y especialmente la grandiosidad de la idea que le inspira... Klopstock rivaliza en muchas partes con el mismo Milton, á quien imita en algunas y escede en no pocas.

La *Mesiada* de Klopstock, es una de esas obras que, en concepto absolutamente literario, no se amoldan, bajo ninguna manifestación así inventiva como formal, á las fórmulas de la crítica exclusivamente preceptiva.—Considerada filosóficamente, es decir, mirando todas sus facetas y contingencias objetivas, no deja de sostener nuestra admiración en el trascurso del poema. La *Mesiada* apareció en una época en que comenzaban el encarnizado combate y los intestinos odios que aun sostienen en Alemania las doctrinas filosófico-racionalistas, que tanto preocupan á los espíritus de allende el Rin.—Admira, por lo tanto, el imaginar á Klopstock levantándose á cantar á Dios y á la fé cuando la filosofía iba á doctrinar el ateísmo y la duda, Klops-

tock—á sabiendas de los filósofos—se adelanta á cantar la Redención del hombre y á ensalzar la Creación como admirable símbolo del amor divino, que pinta magestuoso é inagotable.—Klopstock—tipo también de la subjetividad mística—canta el ideal de su alma, el ideal del cristiano, ese ideal que se comunica con el infinito y en el que el infinito se refleja; vislumbra, cuando está inspirado, los escelsos ámbitos de la Eterna Bienaventuranza, donde admira el más sublime amor representado y deificado en la Divinidad, donde, comprendiendo toda la grandeza del sacrificio redentivo, donde, cantando, como otro profeta iluminado, los misterios de la Omnipotencia divina, vislumbra también el porvenir entero, las relaciones de Dios con el hombre, la Divinidad relacionándose con la Humanidad, y los destinos de ésta.

Así, pues, en la *Mesiada* hemos de encontrar dos facetas estéticas distintas; una manifestación doble: la epopeya del poeta y la epopeya del cristiano.—En ella es preciso distinguir primeramente una subjetividad que corresponde y califica al poeta, y una objetividad que corresponde y califica al cristiano. Klopstock, en su poema, reuniendo ambas irradiaciones, en primer lugar descubre á la poesía el mundo de la

subjetividad religiosa, á que da fórmula; descubre á la poesía el mundo del arte místico, á que pretende dar un modelo, y al mismo tiempo opone una negación á la negación de obras artísticas, especialmente épicas, inspiradas en el dogma cristiano. Secundariamente—como obra de amor que es el poema—descubre á la Humanidad el inmenso Océano de la bondad y amor divinos, descubre al hombre su destino, su porvenir entero, á fin de hacerle más digno de Dios.

Donde acaba la epopeya del poeta, principia la epopeya del cristiano.—La epopeya de Klopstock se reparte entre la divinidad y la humanidad: Jesucristo es el asunto de la primera parte: Jesucristo y la humanidad el de la segunda: allí mira lo pasado, aquí lo futuro; allá es un recuerdo, acá una profecía.

(Se concluirá en el próximo número.)

J. FERNANDEZ MATHEU.

EL CASTILLO DE SANT-ANGELO

Y LA BASÍLICA DE SAN PEDRO, EN ROMA.

Hoy que todo el mundo tiene fijas sus miradas en el drama que se está representando en Italia, y cuyo des-

en la ce no es posible preveer, pero que de seguro ha de influir poderosamente en los destinos futuros asi de la ciudad Eterna, como de la hermosa península italiana, parecenos oportuno ilustrar nuestro semanario con la vista panorámica de dos de los mas famosos y magníficos monumentos de Roma: el castillo de Sant-Angelo y la basilica de San Pedro. Uno y otro se hallan situados en la ciudad Leonina, punto de Roma que debe su nombre á la circunstancia de haber incluido Leon IV la verdadera Roma papal dentro del muro que rodea á la capital del mundo católico, y que principia en el puente de Sant-Angelo, segun se ve en el grabado. «El castillo de Sant-Angelo dice el señor don Pedro Antonio de Alarcon en su celebrada obra *De Madrid á Nápoles*, es ahora una fortísima ciudadela, que se comunica con el Vaticano por cierta oculta galería, y sirvió de refugio á Clemente VII cuando el condestable de Borbon asaltó á Roma al frente de las tropas de Carlos V. En una de sus salas fue estrangulado el cardenal Caraffa por orden de Pio IV. La susodicha galería es obra de Alejandro VI, del padre de Lucrecia Borgia. Nada mas grandioso que la alta mole circular de ennegrecida piedra, resto del antiguo mausoleo. Ciertamente, es un sepulcro digno de los emperadores del orbe. Sobre la fortaleza que ocupa el centro de la magestuosa rotunda, se levanta un *Angel* de bronce dorado, con las alas estendidas. Este Angel, que da nombre á todos aquellos sitios, recuerda un interesante episodio. Por los años de 600, una terrible epidemia diezma la poblacion de Roma. El Papa, que lo era á la sazón San Gregorio el Grande, recorria la ciudad en rogativa, á la cabeza de todo el clero romano y de un pueblo inmenso, cuando al pasar cerca del mausoleo de Adriano, se paró de pronto, dió un grito de alegría y levantó los brazos al cielo con verdadero transporte.—Acababa de ver en los aires al Angel Esterminador, el cual (dijo) envainaba su espada en aquel momento, como en señal de que la peste iba á concluir...—Y así fue: la peste concluyó á los pocos dias... Mil trescientos años despues, Benedicto XIV hacia colocar sobre la plataforma de la colosal ciudadela el gigantesco ángel que hoy la corona, en conmemoracion de un hecho tan peregrino.» Hasta aquí el señor Alarcon. Ahora añadiremos, que el castillo de Sant-Angelo es una de las fortalezas que la prensa ha designado como el asilo probable de Pio IX, en el caso de que los garibaldinos penetren en Roma, por considerarlo uno de los mas seguros.

Para describir, aunque fuese muy someramente la basilica de San Pedro, la catedral de Roma, comprendida en el número de las maravillas del mundo, necesitaríanse volúmenes enteros. Baste por hoy decir á nuestro propósito, que en su fábrica y ornamentacion se han empleado sumas fabulosas, y que no hay país cuya piedad no haya contribuido en algo por espacio de siglos al esplendor y magnificencia de esta obra estupenda. Giotto, Bramante, Miguel Angel, Rafael, Canova, todos los artistas, principalmente italianos, cuyos nombres ha inmortalizado la fama y cuyas obras son la des-



SILLA DE SAN PEDRO, EN ROMA.



MADRID.—LA CUESTA DE LA VEGA.

esperacion de cuantos pretenden imitarlas, han dejado testimonios imperecederos de su poderosa inspiracion en el suntoso monumento, iglesia y á la vez museo religioso de incomparable hermosura y riqueza. Y si la simple contemplacion de tanta maravilla asombra al espíritu, ¿qué no sucederá cuando en su interior se celebra alguna de esas espléndidas solemnidades del culto católico, en que á la influencia mágica del arte, se unen las augustas ceremonias de la religion, acompañadas de la voz del sacerdote y de la música que llena de celestes armonías el recinto sagrado?

S.

LA CUESTA DE LA VEGA.

En el presente número damos una vista del punto de Madrid denominado *Cuesta de la Vega*. Este sitio, que hace pocos años se hallaba en el mayor abandono ofreciendo un aspecto desagradable en extremo, presenta hoy, gracias á las obras que en él se han venido haciendo, uno de los mas frecuentados y amenos. Principia en el punto que ocupó el antiguo portillo de la Vega, y en que se venera aun la imagen de la Virgen de la Almudena, colocada en el hueco practicado, al efecto, en el muro.

Esta imagen no es, sin embargo, la que, según la tradición, ocultaron los cristianos en un cubo de la muralla adyacente al almodín de los moros cuando estos invadieron la villa, sino una copia de la primitiva que existe en la parroquia inmediata, la cual fue hallada cerca de cuatro siglos después en el sitio arriba indicado, ardiendo aun á su lado, según la espresada tradición, la lámpara que, al depositarla allí, habían encendido los fieles. La Cuesta continúa luego, formando una gran rampa que suaviza el declive y facilita el tránsito de personas y carruajes, y termina en el paseo del Campo del Moro, situado, como la Cuesta, á espaldas del Real Palacio, frente al Manzanares y á las arboledas que lo ciñen por entrambas orillas. En las mesetas formadas á trechos á los lados de la Cuesta y que constituyen otros tantos miradores, véanse varios jardinillos que en los buenos días de invierno y en primavera son muy frecuentados por los madrileños, y principalmente por los que habitan la parte del Sur; tanto por disfrutar la deliciosa temperatura de la estación, cuanto por recrearse en la vista del paisaje que desde allí se descubre y que es uno de los mas bellos que hay en los alrededores de Madrid.

ESPOSICION UNIVERSAL.

PIANO LUIS XVI, POR H. HERZ.

Del genio y del gusto exquisito que todo el mundo firmarmónico reconoce en el autor del magnífico piano cuyo grabado va en el presente número, no debía esperarse menos que la obra con que ha sorprendido á los que han visitado la Exposición de París. La elegancia de sus líneas, los adornos bellísimos, en una palabra, todo su aspecto exterior, en el que á primera vista se advierte que no hay nada de lo que hacia al instrumento de los salones pesado por sus formas, corresponde perfectamente al interior, á su alma, digámoslo así, que al contacto de la mano del artista ha de exhalar torrentes de armonía, como si lo tocara una vara mágica.

LA SILLA DE SAN PEDRO, EN ROMA.

Uno de los grabados adjuntos reproduce la propia silla que hace diez y nueve siglos ocupaba San Pedro, aquel humilde pescador de Galilea que Jesucristo transformó en pescador de hombres, como dice la Sagrada Escritura. Ordinariamente se halla dentro de otra de metal, cuyos pies están sostenidos por los cuatro grandes doctores de la Iglesia.

Algunos días antes de las fiestas del Centenario dispuso el Papa que se trasladase al sitio que figura en el grabado, á fin de que pudieran verla y venerarla todos los fieles. La procesion que al efecto se dispuso fue tan suntuosa como edificante. No salió del Vaticano, pero formáronla muchos centenares de personas, y fue presenciada quizás por 30 ó 40,000.

Presidióla el cardenal Mattei, y cuatro canónigos llevaron la silla, que se colocó sobre unas andas. Las cintas de estas se confiaron á cuatro obispos.

Durante las fiestas, la silla fue custodiada de día y de noche por los zuavos del venerable Pontífice actual.

C.

HISTORIA NATURAL DE LA SAVIA.

La savia es un fluido particular, claro y limpio algunas veces como el agua de un manantial cristalino, otras veces amarillo, otras veces turbio, y otras veces tambien lechoso como el jugo de la higuera, del euforbio, de la lechuga, etc.

La savia es un líquido que, extraído de la tierra por las raicillas de las plantas que ponen en juego al efecto una doble accion, la capilaridad y probablemente tambien la actividad de un estado nervioso particular análogo quizás por la casi identidad de funcion al de la escala zoológica, parte de las raicillas, sube poco á poco á las raíces mas voluminosas, se trasmite al interior del árbol, y caminando por conductos especiales que se llaman vasos como en los animales, llega á la estremidad del vegetal hasta la punta de las últimas hojuelas.

El trabajo de ascension de la savia se verifica habitualmente en dos épocas distintas del año, en mayo y después en agosto, siendo entonces su fuerza de tanta consideracion, que se ha hecho subir cerca de un metro una columna de mercurio por medio de la savia que se desprendia del sarmiento inferior de una cepa cortada al nivel de la tierra.

En la práctica agrícola las dos épocas de ascension de la savia se llaman el tiempo del brote ó del empuje, y bajo su influencia se ha visto en las viñas que este jugo limpio, designado vulgarmente con la denominacion poética de lágrimas de las vides, fluye copiosamente de los sarmientos cortados, siendo esto un fe-

nómeno que en ciertas ocasiones se observa tambien en varios árboles.

Llegada á la estremidad de las últimas hojuelas, la savia ascendente ha tenido necesariamente que penetrar por inhibicion en el tejido celular del parénquima de las hojas y de la corteza de las ramas herbáceas. En el parénquima verde se producen otras dos grandes modificaciones de la savia que se llaman la transpiracion y la respiracion, de las cuales la primera sirve para librarla de su exceso de agua, y la segunda, bajo la influencia activa de la luz, para aumentar sus proporciones de carbono y algunas veces de ázoe.

Bajo la nueva accion de este doble trabajo, la savia se modifica y elabora, y toma un movimiento contrario al primero, es decir, vuelve á bajar desde la cima á la base del vegetal, y entonces se la llama savia descendente.

Así pues, después de haber experimentado la influencia del aire y de la luz, la savia ascendente emprende de nuevo su marcha bajo el nombre de descendente, y no ya por los vasos contenidos en la parte leñosa, sino por otros particulares á que se ha dado el nombre de vasos de jugo propio, ó vasos lactíferos.

Esta savia descendente, esta savia elaborada, trabajada, esta leche vegetal, es el jugo reparador, el jugo nutritivo de la planta, es el que la hace crecer, el que produce todos los años las nuevas ramas, las nuevas hojas y los pedúnculos de que sale el fruto. Dirigido hábilmente por agricultores ingeniosos y asiduos, que saben acelerar ó retardar su curso, aumentar ó disminuir su vigor fecundante, llevarlo de un lugar á otro, y hasta suspender ó detener completamente su accion, produce efectos maravillosos. Es la sangre arterial, es la carne líquida de los vegetales, es la que, transformada por el arte, nos da el ébano y el palo de rosa y de caoba de que se componen nuestros mas lujosos muebles, es la que saboreamos en los albérrchigos y suculentas peras que nos ha dado á conocer la hibridacion, es la que respiramos con sensualidad en el jazmin y la azucena, es la que bebemos en embriagadores néctares, es en fin la que los países vinícolas trasportan á los dos hemisferios convertida en deliciosos licores.

A. RIBOT.

A LA HERMOSA NIÑA D*...

Niña celeste, preciosa,
siempre al mirarte deliro
y cada vez que te miro
me pareces mas hermosa.

Tal vez Dios en tí queria
dar á la tierra un consuelo:
¡qué generoso es el cielo
que tanto bien nos envia!

Si, Dios te hizo, y gozoso
al contemplarte después,
Dios mismo, y aunque Dios es,
debió sentirse orgulloso.

Y bajo tu pura frente
tan soñadora y tan bella,
quiso dejar una huella
de su mano omnipotente.

Por eso debió encender
en tu mirada radiante
ese rayo flamante
que refleja su poder.

En tí vió su obra mejor,
por eso otorgó á tu boca
esa sonrisa, que evoca
la sonrisa de su Autor.

Y huella marcó tan fiel
de su mano, porque así,
al verte y amarte á tí
vieran y amaran á Él.

Por eso, divina rosa,
yo siempre pienso al mirarte,
que sólo Dios pudo darte
esa mirada de diosa.

Tú, que ahora llegas henchida
de ilusiones y ternura,
y rebotando hermosura
á las playas de la vida,

Flor de esmalte sin segundo,
que revelando un tesoro
desplegas tu cáliz de oro
á la brisa de este mundo,

No cedas, hermosa mia,
á esa brisa lisonjera;

mira que lo que quisiera
es agostarte en un día.

Cerca de tí pasa y pasa,
y tú le das tu sonrisa
creyéndola fresca brisa
y es aire ardiente que abrasa...

Un mundo, galante, sí,
creerás hollar con tus pies,
mas no lo huellas, él es
el que puede hollarte á tí.

Y si á adorarte propenso
incienso á tus pies consume,
desdénalo, tu perfume
vale mas que el de su incienso.

Si arrulla mucho tu oído
su humilde lisonja impura,
empañará tu tersura
con su aliento corrompido.

El busca desvanecerte
si de amor imagen toma,
para conseguir tu aroma
y con tu aroma, tu muerte.

No te adormezca ese arrullo,
aunque adoracion te mienta;
nunca tu pecho consienta
en dar albergue al orgullo.

Corta á Vanidad el vuelo,
y piensa cuando te arguya,
que tu belleza no es tuya,
que se la debes al cielo.

Y que ese amante perfame
que ahora todo tu sér tiene,
la modestia lo mantiene,
la vanidad lo consume.

Doble triunfo así aseguras.
Modestia, hermosura es:
recoge modestia, pues,
y tendrás dos hermosuras.

No cuides con afán loco
todo el exterior encanto,
que no es bien adorar tanto
lo que ha de durar tan poco...

¿Te ries, niña querida?
Pues ya verás cómo dura
la vida de tu hermosura
mucho menos que tu vida.

Perdona si mi palabra
te ha parecido algo austera:
la palabra mas severa
á veces mas dicha labra.

Haz que camine tu pecho
siempre de lo bueno en pos,
y así volverás á Dios
tan bella como te ha hecho.

Mi amor por Él simbolizo
en mis consejos aquí,
pues te adoro tanto á tí,
porque adoro al que te hizo.

ENRIQUE FREXAS DE SABATER.

LA CONCIENCIA.

Soñé que encorvado un hombre
por la carga de un gran peso
iba subiendo afanoso
hacia la cumbre de un cerro,
y que á poco descendía
tambien cargado en extremo.
Le detuve y preguntéle:
—¿Quieres decirme qué es eso
que llevabas y que traes?
y respondióme así, trémulo:
—Llevaba el peso de un crimen,
traigo el del remordimiento.

ZUTANO.

En los Estados-Unidos acaba de hacerse un importante descubrimiento. El señor Reuben Nesmith, que habita cerca de Saint-Antony (Minnesota), ha descubierto recientemente, haciendo una excavación, rastros sumamente curiosos de la existencia de una raza de hombres anterior á los indios de América. A corta distancia del suelo encontró una plancha de hierro que cubría un agujero que daba entrada á una escalera espiral de 120 escalones, al pie de la cual había un corredor estrecho, abierto en la arena blanca, que terminaba en una gran caverna artificial; á continuación de ella existían varias habitaciones mas pequeñas. Se han encontrado también diferentes utensilios de cobre y de hierro esparcidos por el suelo; algunos de ellos habían servido ostensiblemente para hacer excavaciones; otros para diferentes usos domésticos.

En una habitación había sillas groseramente construidas y una especie de plataforma figurando un sillón imperfecto. En el muro está esculpida una figura humana colosal, rodeada de geroglíficos y de adornos raros ú obscenos. En uno de los cuartos se halló un sarcófago, conteniendo algunos huesos humanos, que se convirtieron en polvo al tocarlos.

Se han hallado asimismo anillos de cobre y de hierro, y un objeto muy raro de plata, de forma octógona. En otra habitación se veía una especie de altar destinado á los sacrificios, sobre el cual había un montón de cenizas. Este descubrimiento es importante.

Los mencionados objetos en nada se parecen á los que se conocen de la antigua raza india, y deben haber pertenecido á una raza estinguida anterior á la de los indios que todavía habitan en las praderas desiertas del Norte América. Se han sacado copias de los geroglíficos para que los estudien los arqueólogos, y se espera que el resultado de sus investigaciones añadirá un importante capítulo á la ciencia etnológica.

La letra de cambio fue usada por los antiguos, segun una cita que de ella hace Isócrates; pero su generalización se debe á los mercaderes judíos de la Edad Media.

Un químico americano ha demostrado que el yeso crudo posee las mismas cualidades que el cocido, y que adquiere una pronta y perfecta solidificación amasándolo con una disolución de una sal de potasa y de algunas otras, aunque aquella es preferible por el mejor resultado y por ser mas barata. Se exceptúan las sales de sosa, que en lugar de contribuir á solidificar el yeso producen un efecto contrario.

Este procedimiento ofrece un gran interés para los que se dedican á moldear objetos de yeso, evitándolos la necesidad de construir hornos para hacerlo; y aprovecha también á los viajeros arqueólogos para reproducir con facilidad los objetos artísticos que deseen conservar.

Hay en Gante un periódico que cuenta dos siglos de existencia: titúlase *La Gaceta de Gante*. Para celebrar el aniversario su director va á regalar á todos los suscritores un facsímil del primer número que tiene la fecha de 6 de setiembre de 1667. Este facsímil está admirablemente hecho por medio de la fotografía.

DESALMADO

Una historia de amores, y una historia de amores interesante es lo que me propongo referiros.

Lectores, si por desgracia, alguno de vosotros no creyese en la Providencia Divina, tenga la bondad, al menos, de no burlarse de mí, que la acato reverente.

En la historia que vais á leer, los acontecimientos humanos se desenlazan de una manera sobrenatural, y al mismo tiempo, enteramente verosímil. Y he dicho que *sobrenatural*, porque todas las explicaciones fisiológicas que los descreídos de hoy como los descreídos de ayer han imaginado darnos de ciertos fenómenos de la vida del hombre, no pasan de ser una evidente muestra de la impotencia intelectual de éste, siempre que se empeña en resolver las mas graves cuestiones por medio del naturalismo sólo.

Aquel célebre filósofo á quien una ilustre dama preguntaba *el por qué del por qué* de todas las cosas, sabía perfectamente que llega un momento en que la inteligencia del hombre tiene que abdicar ante otra inteligencia superior; que sólo las causas secundarias son las que están al alcance de las ciencias naturales, y que, por consiguiente, no se levantará un palmo de la tierra quien, sin romper el círculo que ellas trazan, se persuada de que hallará explicaciones para todo.

Esto sentado, y despues de pedir se me dispense esta ligerísima digresión preliminar, empiezo la historia ofrecida, y respondo de su verdad.

I.

Vivian en la villa y corte de Madrid por los años de 184... en una casa de la calle Real del Barquillo, y cerca del cielo, es decir, en una bohordilla, una señora de unos cincuenta años, y una jóven; hija suya, que apenas contaría diez y ocho.

Julia, que este era el nombre de la jóven, era de una hermosura deslumbrante. Sus ojos azules parecía que derramaban en torno suyo una luz amorosa, una luz melancólica y dulce como la que ilumina nuestra alma cuando sólo concibe amores puros.—Tenia los cabellos del color del oro; la boca era preciosa, blancos los dientes, el cuello alabastrino; su mano un modelo que un escultor hubiera copiado con gusto.—Era, en fin, una belleza perfecta.

Como los que suelen vivir en bohordillas no es muy comun que tengan rentas de qué disponer; y como además, Julia y su madre no tenían pariente alguno que las protegiese, veíanse obligadas á ganar el sustento con el trabajo de sus manos.—Julia hacía flores, y su madre bordaba día y noche.

La pobreza, cuando se ve acompañada de la virtud, tiene una poesía misteriosa, un encanto indefinible que seduce á las almas honradas que la contemplan.

*Povertade, poverella,
Humiltade e tua sorella,*

ha dicho un poeta italiano, y lo ha dicho con razon, que la humildad es verdaderamente la hermana de la pobreza, la humildad es su dulce compañera.—Y por mucho tiempo no tuvieron otra sociedad nuestras dos heroínas; pero llegó un día, al fin, en que un jóven de gallarda presencia, de ojos negros y espresivos, rostro ovalado y frente pálida, concibió por Julia una pasión vehemente, y solicitó por todos los medios que tuvo á su alcance el acercarse al objeto de su cariño.

Como el jóven, por la modestia de su traje, por lo respetuoso de su continente y por la franca y magestuosa mirada que brillaba en sus ojos, era extraordinariamente simpático, consiguió, sin necesidad de hacer grandes esfuerzos, introducirse en la casa.

La madre de Julia se informó acerca de su persona en las primeras entrevistas que con él tuvo. Era pintor, vivía en un sotabanco de la calle de la Encarnación, vivía solo; sus padres habían muerto en Sevilla hacia ya algun tiempo. Su nombre era Carlos Gutierrez.

La buena señora, satisfecha con todas estas explicaciones, y conociendo la simpatía que empezaba á mostrar por él su idolatrada hija, le concedió permiso para que fuese á visitarlas de vez en cuando.

Las visitas acabaron, sin embargo, por hacerse frecuentes. Por las noches, á la hora en que solía terminar Julia su trabajo, presentábase Carlos, y en compañía de ella y de su madre pasaba largas horas hablando á veces en voz alta de los acontecimientos del día, y mas á menudo hablando en voz baja de amor, esa conversacion deliciosa, tema obligado de los años juveniles.

Y el amor hizo progresos extraordinarios. Al poco tiempo de conocerse, ni Julia podía vivir sin Carlos, ni Carlos podía vivir sin Julia.

Cada mirada que se dirigian era un poema, cada suspiro una aspiracion vehemente; cuando uno de los dos sonreía, otra sonrisa idéntica se dibujaba en los labios de su amante, y del mismo modo, cualquier nube de tristeza que sombreara la frente del uno de ellos, sombreaba inmediatamente la del otro.—Y así, amando, y de todo corazón, se les deslizaba la vida dulce y sosegadamente... Y así pasaban días y semanas, y hasta meses.

Las hojas de los árboles caian,
Las hojas de los árboles brotaban.

Pasó un año, y luego otro... Dos años duraban ya aquellos amores, y al despedirse todas las noches Carlos de su amada, aun se cruzaba entre los dos la misma mirada tierna, ardiente, que se cruzó el primer día. El amor que se tenían, asemejaba á esos amores inmortales que empiezan en la tierra y parecen destinados á trasladarse luego al cielo...

II.

Tirano violento de tiernas edades,
el bien persuades y al mal precipitas,
el fin solicitas del mismo á quien quieres:
¡Tan bárbaro eres!
(LOPE DE VEGA.)

Una mañana recibió Carlos por el correo interior una carta. Era de la mujer que le amaba, y decía lo siguiente:

«Carlos mio; un momento de debilidad nos trae fatales consecuencias... Apresura nuestra boda: *siento otra vida dentro de la mia...*»

Una palidez mortal se pintó en el rostro de Carlos al leer estas líneas, pero luego, encogiéndose de hombros, exclamó:

—¡Bah! De cualquier modo que sea, es preciso tener ya juicio, y poner fin á estos amores. Mi padre quiere que continúe mis estudios de medicina en Montpellier... Mañana mismo me marchó.—Y rompiendo en

menudos pedazos la carta, salió de la bohordilla que tenía alquilada sólo para pasar en ella determinadas horas del día, bajó de dos en dos los escalones, y al salir á la calle, el jóven don Luis Jimenez de Figueroa, hijo de una distinguida familia, procuró no volver á acordarse de que se había llamado durante algun tiempo Carlos Gutierrez.

III.

Julia esperó con ansiedad durante todo aquel día la visita de su amado, pero su amado no fué á verla.

Al día siguiente sucedió lo mismo.

«¿Estará enfermo?» se preguntó Julia á sí misma, y dudando si lo estaría, atravesó, acompañada de su madre, la respetable distancia que separaba su habitación de la de Carlos, con el objeto de verle.

Por el portero de la casa donde vivía su amante supo que éste había marchado de Madrid. No pudo averiguar nada mas.

La infeliz jóven volvió desesperada á su pobre vivienda. «¿Sería capaz de abandonarme?» pensaba atormentada—«pero no; no es posible»—añadía para consolarse, alimentando la esperanza...

Mas, por desgracia, la esperanza tuvo al fin que desvanecerse ante la triste realidad: su amante no volvió, y una serie de desventuras fue la consecuencia de unos amores que sólo dichas habían hecho presagiar.

Disgustos de familia, la vergüenza que sigue á la culpa, el desprecio del mundo, y para colmo de desgracias, la muerte de una madre querida, fueron la penosísima cadena de acontecimientos á que se vió sujeta la existencia de la infeliz Julia... Y en medio de todo, la miseria amenazando, hostigando de continuo, y obligándola á trabajar sin descanso. ¡Era una expiación dolorosa! Julia enfermó... pero corramos un velo sobre los tristes detalles de su vida durante algun tiempo, hagamos de ellos un paréntesis, y traslademos al lector á las puertas de Santa María de la Almudena, porque algo interesante sucede en ellas, cinco años despues de lo que acabamos de referir.

IV.

Corría el mes de mayo, ese mes en que renacen á la vida árboles y flores, ese mes en que todo se alegra, hasta los corazones melancólicos. Y era al caer de una tarde, y de una tarde hermosísima.

Sentadas en los umbrales del templo que dejamos mencionado, imploraban la caridad pública una mujer, aun muy jóven, de rostro flaco y enfermizo, y una niña, hermosa como un ángel.

—¿No sabéis que está prohibido pedir limosna? ¡A San Bernardino, vamos á San Bernardino!—dijo acercándose á ellas con aire resuelto un municipal.

—¡Por Dios, señor! He estado ciega tres meses. Seis días hace que un facultativo, compadeciéndose de mi suerte, ha tenido la bondad de hacerme una operacion que me ha devuelto la vista. Me encargó mucho que no saliese de casa hasta pasados cuarenta días... pero ¡ah!... hoy me ha faltado el pan para llevar á la boca y esta niña ¡pobre niña! tenía hambre... Me he visto obligada á venir á este sitio á implorar la caridad por primer vez en mi vida... ¡Si usted supiera cuánto me cuesta el hacerlo!...

Y había tal acento de verdad en estas palabras, la pobre mujer, al decir las, revelaba en su fisonomía un dolor tan profundo, que el representante de la ley, aquella grave rueda administrativa que había venido de repente á atravesarse delante de la infeliz mendiga, se conmovió, y haciendo caso omiso de las órdenes recibidas, se alejó de aquel sitio, sin replicar ni una palabra.

La mendiga dió gracias al cielo y continuó tendiendo la mano á las personas que entraban y salían de la iglesia.

Un jóven de gallarda presencia y elegantemente vestido, bajó de una carretela tirada por dos magníficos caballos, y al subir las gradas del templo se vió detenido por la niña de que dejamos hecha mencion.

—Una limosnita—dijo la pobrecilla suspirando.

—Toma, niña—contestó el caballero, poniendo una moneda en su mano.

En aquel momento se oyó un grito, medio sofocado por una emocion intensa. Era la madre de la niña que acababa de reconocer á aquel hombre.

La mendiga era Julia, y el que había dado una limosna á la niña era el jóven don Luis Jimenez de Figueroa.

Lo que pasó en aquel instante fue rápido como el pensamiento. El verdugo reconoció á su víctima, y pálido y todo temblando, se apresuró á entrar en la iglesia, por huir de aquel fantasma que así venía de repente á evocar sus remordimientos.

Julia prorumpió en sollozos, que en vano procuraba acallar... ¡sufria tanto!

—¿Qué tienes, madre—preguntó la niña con lágrimas en los ojos.

—Nada, hija mia—contestó la mendiga, haciendo, al decirselo, un esfuerzo heróico para serenarse algun tanto. Pero los suspiros se escapaban uno tras otro de

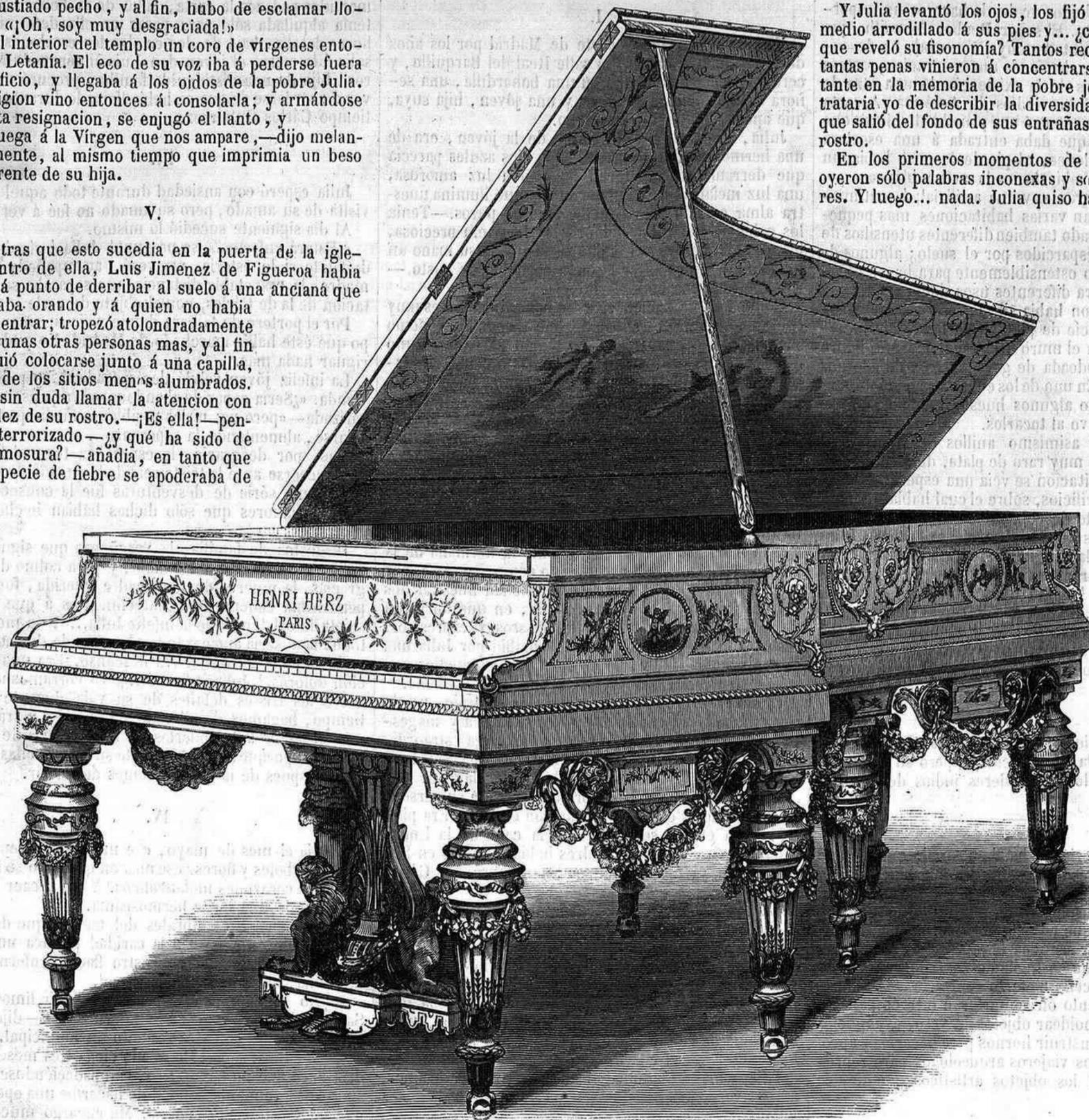
su angustiado pecho, y al fin, hubo de esclamar llorando: «¡Oh, soy muy desgraciada!»

En el interior del templo un coro de vírgenes entonaba la Letanía. El eco de su voz iba á perderse fuera del edificio, y llegaba á los oídos de la pobre Julia. La Religión vino entonces á consolarla; y armándose de santa resignación, se enjugó el llanto, y

—Ruega á la Virgen que nos ampare,—dijo melancólicamente, al mismo tiempo que imprimía un beso en la frente de su hija.

V.

Mientras que esto sucedía en la puerta de la iglesia, dentro de ella, Luis Jiménez de Figueroa había estado á punto de derribar al suelo á una anciana que se hallaba orando y á quien no había visto al entrar; tropezó atolondradamente con algunas otras personas más, y al fin consiguió colocarse junto á una capilla, en uno de los sitios menos alumbrados. Temía sin duda llamar la atención con la palidez de su rostro.—¡Es ella!—pensaba aterrizado—¿y qué ha sido de su hermosura?—añadía, en tanto que una especie de fiebre se apoderaba de



ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.—PIANO LUIS XVI, POR M. HERZ.

Y Julia levantó los ojos, los fijó en aquel hombre, medio arrodillado á sus pies y... ¿cómo pintar todo lo que reveló su fisonomía? Tantos recuerdos de amor y tantas penas vinieron á concentrarse en un solo instante en la memoria de la pobre jóven, que en vano trataría yo de describir la diversidad de sentimientos que salió del fondo de sus entrañas á reflejarse en su rostro.

En los primeros momentos de aquella escena se oyeron sólo palabras inconexas y sollozos conmovedores. Y luego... nada: Julia quiso hacer un esfuerzo y

su persona. Quiso por un momento desear el recuerdo de lo que acababa de acontecerle, pero no pudo. Al mirar en torno suyo, notó que su vista se hallaba tan turbada que no podía distinguir los objetos; al querer atender á los tiernísimos cantos religiosos que poblaban el aire notó que en su cabeza había un ruido infernal que le imposibilitaba para oírlos; quiso entonces moverse, y no pudo tampoco; no parecía sino que le habían clavado en aquel sitio.

La mujer y la niña medio desnudas que acababan de pedirle limosna, se presentaban á su imaginación y la absorbían por completo. Un temblor general se apoderó de su cuerpo. Llevó su mano á la frente, y su frente ardía. Los pensamientos cruzaban uno tras de otro por su cabeza con una rapidez verdaderamente horrible. Y eran todas reflexiones amenazadoras, sarcasmos referentes todos á un mismo asunto: á su conducta pasada. Y en medio de aquel incesante ir y venir de pensamientos, y del zumbir de los oídos, y de los furiosos golpes que el corazón le daba, semejantes á los que suele dar sobre un yunque la mano del herrero, parecía oír una voz clara, formidable, que gritaba fatídica dentro de la conciencia: «¡Desalmado!» Y esta voz estremecedora repetía sus gritos cada vez más á menudo, y poco á poco, iba hallando eco por do quiera. «¡Desalmado!» parecían decir las vírgenes que elevaban sus purísimos cantos al Altísimo, y la voz de «¡Desalmado!» después de descargar terrible en la conciencia de Figueroa, vibraba como furiosa máquina de guerra por todo el edificio, y en las altas paredes, y en las cornisas, y en las bóvedas, tronaba y retroñaba «¡Desalmado!»

El terror se apoderó completamente de nuestro jóven. Las arterias, agitadas por un continuo movimiento nervioso, amenazaban estallar y romperse en la frente; los ojos se le salían de las órbitas... quiso pedir

socorro.—¡Ay! el infierno de su cabeza tomaba proporciones alarmantes...

Y era que Luis Jiménez de Figueroa caminaba á la locura á pasos precipitados.

Más de repente, cuando un sudor frío helaba sus miembros y los remordimientos más le agobiaban, fijó sus estraviados ojos en un cuadro colocado junto á una de las pilastras del templo. Era una imagen de Nuestra Señora.

Como la brisa que refresca las sienes en las tardes de un estío caloroso, un pensamiento bienhechor cruzó entonces por la calcinada mente de Figueroa... Recordó los años de su niñez, su primera comunión, la religiosidad que tanto le recomendó su madre moribunda...

Y Figueroa cayó de rodillas: una oración fervorosa salió de sus labios.—Entonces poco á poco el estado de su espíritu fue sosegándose, y abundantes lágrimas corrieron por sus mejillas.

Mientras tanto, la concurrencia que había asistido aquella tarde á la función religiosa desalojaba el templo. La noche tendía en derredor sus negras sombras.

Largo rato permaneció Figueroa de rodillas. Cuando se levantó se había salvado: no oía aquella voz terrible que le denostaba formidable, pero en cambio, una voz dulce y persuasiva parecía decirle: «Cumple tu deber.»

Y lo cumplió. Al salir de la iglesia halló á Julia en el mismo sitio en que la dejara. Tenía el rostro sepultado en su pañuelo: lloraba.

Figueroa, conteniendo con su mano derecha, los fuertes latidos de su corazón, fué á colocarse junto á aquella mujer que tanto le había amado.

—¡Julia! se atrevió á decir, apoderándose de una de sus manos.

presentar aquella niña á su padre, pero la infeliz, con tan encontradas emociones, había agotado sus fuerzas y cayó desmayada en los brazos de su amante.

Pocos segundos después, la conducía éste á su propio carruaje, que esperaba á algunos pasos de distancia.

Cuando preguntó el lacayo al cerrar la portezuela á dónde se dirigía, contestó Figueroa:

—A casa.

VI.

Y que lo creáis ó que no lo creáis, lectores del alma, ocho días después recibían la bendición nupcial en Santa María de la Almudena, el fingido pintor de la calle de la Encomienda y la antigua moradora de la boharcilla de la calle del Barquillo.

Pero todo esto, habituados como estamos á la suavidad de ideas entrañada por el Cristianismo en nuestra civilización, parecerá sin duda cosa natural y corriente...

Julia, sin embargo, al oír de los labios de su esposo la relación de todo cuanto le había pasado en el templo, vió allí algo de arriba, y acariciando á la niña, fruto de sus amores:

—¿Ves?... murmuró.—La Virgen nos ha amparado.

A. CAMPOS Y CARRERAS.

SOLUCION DEL GEROGIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Conócete á tí mismo dijo Solon.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS.
IMPRESA DE GASPAS Y ROIG EDITORES: MADRID. PRINCEPE, 4.